

Diario de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7477

Preios de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, M. A. Lorette, 51 rue Caumar-
lin, 61.

Números sueltos 15 céntimos
REDACCIÓN, MAYOR, 26.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

LUNES 11 DE OCTUBRE 1886

EL REPARTO DE PREMIOS A LOS NIÑOS DE LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE ESTA CIUDAD.

Magnífico espectáculo presentaba el Teatro Principal en la mañana de ayer, con motivo del solemne acto de repartir premios á los niños que se han hecho acreedores á ellos, en los exámenes verificados ante la Junta local de primera enseñanza de esta ciudad. Las butacas se encontraban ocupadas por los niños que ansiosos acudían á recibir el premio debido á su aplicación y talento, los papeos apenas podían contener á tantos padres cariñosos que acudían á presenciar llenos de gozo, los triunfos de sus hijos; el público invadía todas las dependencias del Coliseo demostrando el interés vivísimo que Cartagena toma por el fomento de la enseñanza, base firme y segura de la cultura y civilización de los pueblos.

A las diez ocupó la presidencia el Ilmo. Sr. Alcalde D. Leopoldo Cándido, á quien acompañaba la Junta local de primera enseñanza y algunas personas invitadas al efecto; y después de declarar el Sr. Alcalde abierta la sesión, á los acordes de la marcha real, descubriose el retrato de S. M. la Reina Regente, que bajo dosel ocupaba el centro del escenario.

Acto seguido ocupó la tribuna el Sr. Palacios, para leer la Memoria, que según costumbre publica la Junta, dando cuenta del estado de la enseñanza en esta ciudad y su término municipal. En dicha Memoria, debida á la correcta y elegante pluma del ilustrado vocal D. Rafael Blanes, se expone el resultado de los exámenes, los defectos notados y los medios que se propone emplear la Junta, para corregir estos últimos. Tras de un brillante exordio en que encarece la necesidad de la enseñanza, manifiesta la decisión de la repetida Junta, de trabajar con la fé y el entusiasmo que hasta aquí, en pró del fomento de la educación de la niñez, pues considera justo que el pueblo que como Cartagena invierte en instrucción pública la importante suma de 88549 pesetas 75 céntimos, ó sea el 12.39% de su presupuesto de ingresos, deba exigir se obtengan los beneficios resultados que son de desear.

No podemos disponer de espacio suficiente para relatar detalladamente los diferentes puntos que abarca la Memoria, solo diremos, que se hacen atinadas observaciones sobre la deficiencia de los locales destinados para escuelas, la necesidad de instalar las de párvulos, sin cuya existencia no es posible obtener resultados en las elementales y superiores, los

medios que la Junta se propone utilizar para corregir abusos y perfeccionar la enseñanza. Termina este notable trabajo, con una exhortación á los niños y profesores, para que unidos en un solo pensamiento, poniendo de su parte lo primero, el estudio y la aplicación, y los segundos el celo y sagrado cumplimiento de sus deberes, consiga alcanzar la juventud cartagenera, láuros gloriosos para nuestra patria.

Acabada la lectura de la Memoria, se procedió al reparto de premios, consistentes en preciosos é instructivos libros, bonitos diplomas y medallas, notándose en los infantiles semblantes de los agraciados, esa noble y legítima satisfacción de quien consigue una distinción justa, y que les alienta al estudio para alcanzar otras sucesivas.

Prævia invitación de la Presidencia, ocupó la tribuna la joven y ya distinguida profesora D.ª Francisca Murcia, quien á nombre de sus compañeras, pronunció un hermoso discurso, demostrando la necesidad de la instrucción de la mujer, como base de la familia, como dignificación del sexo y como auxilio poderoso para dar á la sociedad buenas esposas, buenas madres y honrados ciudadanos. Los brillantes períodos de sus discursos, fueron pronunciados con perfecta dicción, siendo interinados por los ruidos aplausos que se concedieron á la terminación, recibiendo unánimes felicitaciones de la concurrencia.

A continuación se le concedió la palabra á D. Pascual Martínez Moreno, acreditado profesor público en el barrio de Santa Lucía, que pronunció un magnífico discurso, cuyo extracto nos sería difícil hacer, pues perdería las muchas bellezas que contiene, por lo cual lo publicaremos íntegro. El Sr. Martínez Moreno fué muy aplaudido y felicitado, demostrando que reúne no comunes condiciones de orador.

Para terminar tan solemne acto, el Sr. Cándido, dió lectura á un sentido discurso, en el que después de filosóficas consideraciones sobre la necesidad de la instrucción, recomendó á los niños mucho amor al estudio y constante aplicación; á los profesores asiduidad y celo en el cumplimiento de su sagrado sacerdocio, y encomiando á la Junta local que tanto interés muestra por colocar la enseñanza en Cartagena á la altura que merece. Concluyó diciendo, que deseaba que su paso por el Municipio fuera fructífero, á cuyo fin trabajaría sin descanso para conseguir el establecimiento de escuelas de párvulos sistema Froebel. Las palabras del Sr. Cándido fueron acogidas con aplauso, y seguidamente se dió por terminado el acto.

Antes de dar fin á estos apuntes, un deber de justicia nos obligará tributar el testimonio de agradecimiento á que es acreedora la Junta local de esta ciudad, que sin descanso y con un interés que excede á toda ponderación, trabaja por conseguir que la enseñanza en Cartagena, sea una verdad, y que la juventud que asiste á los establecimientos de educación, reciba una instrucción primaria completa.

Discurso pronunciado en la mañana de ayer en el Teatro Principal, por el profesor D. Pascual Martínez Moreno, en el solemne acto del reparto de premios á los niños de las escuelas de esta ciudad.

SEÑORAS Y SEÑORES:

¡Que gloria para mí, ser en este acto tan solemne, la voz del magisterio de esta ciudad, y consagrar á sus autoridades alabanzas y pláemes, y á los niños, algunos de ellos discípulos míos, dirigirlas el soplo de mi alma, la corriente de mi entusiasmo, el himno que me inspira, el canto que me anima, el preludio del siglo veinte, en que van á revelarse todos sus destinos á la anhelante humanidad! ¡Que gloria para mí, y al mismo tiempo que conflicto, por que no pueda llenar cumplidamente mi compromiso! Que jéme de la naturaleza por lo mal que me ha tratado al distribuir los talentos; y también me quejara de vosotros por la elección que habeis hecho de mí, si no fuera por que me consta que no habeis intentado afligirme, sino honrarme. Y es lo cierto que me habeis honrado de extraordinario modo, y por ello os consagro en el fondo de mi alma la más cumplida acción de gracias.

Los juegos olímpicos de este siglo; eso me parecen estos actos á los cuales concurren con verdadero entusiasmo las más respetables personalidades con digna emulación los ilustrados profesores y con infantil alegría los más aventajados discípulos, como antiguamente concurrían de toda la Grecia á la ciudad Olimpia los más esforzados atletas, y contemplar sus proezas con delirante entusiasmo las apiñadas muchedumbres.

¡Pero á que portento de las facultades humanas se tributaban aquellos honores y aquella gloria de que tan ávido fué siempre el pueblo griego? Mengua de los tiempos, por que aquellos homenajes, se tributaban á la fuerza bruta, á ese don que más prodigiosamente ha concedido la naturaleza al elefante y á la ballena. Mengua de los tiempos: Platon, el divino, el fundador de la Academia, el autor del Fedon y del Banquete, despreciando la dignidad de sabio, bajaba á la arena á dar el espectáculo de su fuerza; Thales de Mileto, el descubridor de la electricidad, el que asombraba á los nábios de Egipto nenagenario ya, entregó su enervado cuerpo y su venerable cabeza á las exaltadas turbas de aquellas fiestas y de aquellas ovaciones. Si, mengua de los tiempos y más cuando recordamos la triste suerte que Grecia dió á algunos de sus genios más preclaros, comparemos á Homero la mendicidad y á Hércules los honores divinos; á Só-

crates la ciencia y á Sthagotes 1400 coronas á Pátigoras el morir en las llamas y á Milon de Crotona una estatua en el bosque sagrado allí al lado de la de Júpiter Olímpico de eburnea escultura y de blonda cabellera de oro.

Hoy no premiamos la fuerza bruta, pero en cambio premiamos la poesía la divina inspiración, las luminosas visiones del génio profético, esa habla arrebatada al cielo y traída á la tierra como suprema conquista del Verbo Humano. Premiamos la música, el más divino de todos los artes, el que adornaba aquellos acerbos dolores de Ulises, el que dissipaba las tétricas melancolias del primer rey de Israel y movía en el ánimo de Alejandro Magno todos los sentimientos y todas las pasiones. Premiamos la ciencia, que á veces veo como inmenso espejo dilatado hasta donde se dilata la creación, en el cual mira el alma y encuentra su propia imagen envuelta en la más grande imagen del Criador.

Ya no necesitamos robustos brazos que manejen espadas de 17 libras, ni corazones de bronce que sonrían con indiferencia ántes la muerte; la humanidad sueña con nuevas é impercederas glorias y cumple más altos destinos para los cuales necesita hombres como Butengber que inventa la imprenta en Alemania, hombres como Stephenson que inventa la locomotora en Inglaterra, hombres como Fulton que aplica el vapor á la navegación en América, hombres como Gauss y Weber, que inventan el telégrafo eléctrico en Gottinga, siguiéndoles en tan gloriosa empresa el célebre Morse que reduce á un solo alambre la transmisión, é inventa el cable submarino. Inmortales conquistas del espíritu sobre la materia, del hombre sobre la naturaleza por las cuales la humanidad se eleva á la verdadera gloria de su legítima grandeza dentro de la infinita creación, estrecha la distancia entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, y deja de habitar aquel estenso planeta que vagaba en una inmensidad desconocida para vivir en el gran laboratorio del siglo XIX, sin tiempo ni distancia, donde á toda hora nos asociamos para la realización de nuestro destino. Por eso no levantamos monumentos á los atletas de la antigua Grecia ni á los gladiadores de la poderosa Roma, pero en cambio honramos á los verdaderos génius, á los hijos del saber, escribiendo las páginas brillantes de sus progresos, tributándoles culto de admiración en el templo de la fama y cubriendo de coronas y laureles sus veneladas tumbas; pobres, sí, por la escasez de su lujo arquitectónico, pero más ricas y más grandes que aquellos suntuosos mausoleos porque alrededor de ellas está en constante adoración la humanidad entera.

La escuela, señores, no es más que el cultivo de tiernos corazones, y de inteligencias apenas nacidas, el laboratorio, constante donde se perfecciona la naturaleza, el origen de esos génius que honramos más tarde. En su estrecho recinto que encierra el porvenir de las naciones, y el maestro, "el artista de la civilización y el progreso" como le ha llamado Laurent, dirige desde su plataforma el timón de la nave social.

Ya nadie se atreve á dudar la trascendental influencia que la instrucción ejerce en